

lo al que, tras el abandono de la retórica de la Ilustración, condujo al desencanto antiliberal y antipositivista de principios de nuestro siglo, después de idolatrar el progreso científico-técnico o los entusiasmos románticos por la prometeica y exuberante naturaleza americana. Todo ello exigió elaborar manuales de historia o símbolos patrios, así como un redescubrimiento de las posibilidades del pasado y del presente, sobre el que siguen asentándose las principales corrientes ideológicas hoy vigentes en Latinoamérica.

No es frecuente la aparición de un libro de propósitos tan ambiciosos y sería muy de lamentar que la escasa visibilidad del sello editorial que lo difunde lo convirtieran en una obra secreta: otra más para consumo de eruditos. Quien lo lea disfrutará de una perspectiva no eurocéntrica del proceso de constitución histórica de un continente, y sabrá de la extraña viscosidad de las ideas políticas y el infatigable drama de la identidad nacional en países subdesarrollados, mucho más que de lugares comunes, como es el hábito en los manuales al uso.

Antonio LAFUENTE
*Centro de Estudios Históricos
 CSIC, Madrid*

ANNE STAPLES: *Bonanzas y borrascas mineras. El Estado de México, 1821-1876*, México: El Colegio Mexiquense, Industrias Peñoles, 1994, 375 pp.

Bonanzas y borrascas mineras... evoca el paisaje de los pueblos mineros que contemplan al mundo no sólo mirando el reflejo del horizonte. Este libro, nos encamina por una tierra extraña, llena de peligros, supersticiones, y nos permite acercarnos a las profundidades más lejanas, más allá de nuestra imaginación.

Tal vez por esta razón el mundo de los mineros es ajeno al mundo de la gente común; guarda mucha distancia con los modos y formas de vida de los hombres de la ciudad y del campo; son semejantes pero distintos, constituyen una especie de tercera opción.

Los pueblos mineros tienen una geografía montañosa y cubierta de bruma; el paisaje hostil —aunque cautivador— nos pinta con detalle la azarosa vida de un grupo social poco com-

prendido y muy poco estudiado, a pesar de que históricamente ha sido una pieza clave en la sociedad mexicana.

Como es bien sabido, los mineros se dieron a la tarea de dominar a la naturaleza y, entre otras cosas, lograron conquistar los escarpados terrenos, edificar sus casas en las laderas de los cerros, aprender a ver en la oscuridad y, lo más importante, sacaron provecho de las tierras más estériles. Una vida de fascinación misteriosa, construida no sólo por la simple apetencia de los minerales preciosos y las enormes recompensas.

En diversos apartados del libro se hace evidente que la construcción de las ciudades mineras es resultado de un largo proceso, donde la evolución histórica encontró un sinnúmero de obstáculos, avances y retrocesos. En los momentos de bonanza, es decir, cuando los metales preciosos abundaban y enriquecían a quien los extraía, los pueblos se llenaban de luz y gozaban como ningún otro. Dichos hombres, protegidos por el auge, daban rienda suelta al dispendio, al derroche y a los placeres. No obstante, los buenos días terminaban y la oscuridad de las borrascas anunciaba la miseria, el hambre y la desesperación. Entre el cielo y el infierno, entre la luz y la oscuridad: entre ambos extremos transcurría la vida de los pueblos mineros.

Sin embargo, la historia de todas las regiones mineras ha demostrado que fueron escasas las exploraciones subterráneas que lograron un éxito rotundo y permanente. En realidad, los pueblos mineros tuvieron —en su gran mayoría— un inicio esplendoroso, en muchas ocasiones atribuido a la buena fortuna o a las bendiciones religiosas. Pero, con el paso del tiempo, el trabajo en las profundidades demostró que la producción minera y la ley de los minerales estaban sometidas a los ciclos productivos, los cuales tenían un carácter más bien errático. Estas condiciones generaron un gran número de pueblos humildes a lo largo y ancho del territorio mexicano. La mayoría de estas poblaciones guardaban celosamente el recuerdo de los años de abundancia y mantenían la esperanza de encontrar una nueva veta, con el fin de abandonar su desgraciada situación.

Esta imagen desoladora no estaría completa si no reconocemos que un puñado de mineros obtuvieron una fortuna considerable. Tal vez este hecho nos lleve a reflexionar sobre el tiempo de los pueblos mineros, es decir, sobre el ciclo bonanzas y borrascas. Hasta ahora, los historiadores nos hemos empeñado en estudiar las experiencias mineras de éxito; poca atención hemos prestado a los momentos de estancamiento y crisis. Por todo

ello, me parece muy estimulante encontrar en las últimas palabras del libro un intento de abordar los problemas mineros desde una óptica distinta. La autora apunta que, a pesar de muchas dificultades y carencias de esta rama productiva en esta región, "las minas dieron de comer y mantuvieron con vida a varios pueblos del Estado de México durante el periodo de transición entre la colonia y la modernización del siglo XX".

En otras palabras, debemos entender el acontecer cotidiano de los pueblos mineros y no tan sólo deslumbrarnos con el brillo de los enormes hallazgos de los metales preciosos. Para la historia de los pueblos mineros resulta imprescindible explicar su permanencia o su vida efímera.

Por otra parte, entre los muchos méritos de este libro podemos apuntar dos principales. El primero, está relacionado con las fuentes documentales. Es bien conocido que los testimonios mineros son escasos y se encuentran dispersos, lo que dificulta la reconstrucción de los procesos históricos.

Un segundo mérito, es la periodización que cubre el libro: 1821-1876. Hasta hace muy poco tiempo, la historiografía mexicana catalogó al siglo XIX como el periodo de la "anarquía". Sin embargo, recientes trabajos de investigación, como éste, muestran la gran complejidad de la sociedad mexicana en esta época de enorme inestabilidad política, con un movimiento económico decreciente y de lenta recuperación. Los últimos estudios, después de revisar las interpretaciones, renovar sus líneas temáticas y metodológicas, han aportado considerables avances para entender este complejo periodo histórico. La minería del siglo XIX se ha mantenido a la zaga de los estudios relativos a la época colonial y al presente siglo. Por este motivo, cada trabajo sobre la época decimonónica abre la puerta a zonas inexploradas y descubre nuevas vetas.

Podemos dividir el libro que nos ocupa en dos grandes apartados. En el primero, se presenta una monografía general sobre los principales problemas de la actividad minera. En el segundo, encontramos una historia particular de cuatro regiones mineras: El Oro, Temascaltepec, Sultepec y Zacualpan. El trabajo tiene como objetivo general "explicar la sobrevivencia de pequeñas y grandes comunidades mineras". Con el fin de guiar la investigación, la autora planteó una serie de preguntas que se responden, parcialmente, a lo largo de la investigación. Algunas de las principales incógnitas son las siguientes: ¿cómo eran los intercambios comerciales y el movimiento de la población entre los reales mi-

neros? ¿Cómo eran las relaciones entre pequeños comerciantes, mineros y operarios que se aprovechaban de una especie de fondo revolvente para financiar sus actividades? ¿Cuál era el modelo económico-social que dinamizaba la vida en las comunidades mineras?

Dichas preguntas no pueden satisfacerse con una sola investigación dado el grado de complejidad que presentan. Por ello, pensamos que estas incógnitas resultan pertinentes e incluso son una invitación directa para plantear nuevos proyectos de investigación en otras regiones mineras. La resolución de estos interrogantes ayudará a entender la vida de este tipo de comunidades, y de manera paralela, reconstruirá la memoria histórica de estos pueblos olvidados.

En un primer apartado, la autora analiza los principales factores y problemas de la producción minera. Tal vez nos atrevemos a intuir que una de las tesis principales es la falta de consolidación de las unidades productivas, para lo cual se examinan los elementos de la producción, como el proceso de industrialización y el abasto de los insumos. Resulta un tanto paradójica la falta de un desarrollo tecnológico y la sobrevivencia de antiguas técnicas. Quizá hasta ahora los investigadores nos hemos empeñado en ver el cambio tecnológico limitado sólo a su vertiente económica. Un empresario decide cambiar sus técnicas de producción por unas más modernas o acordes con una determinada actualidad, con el fin de obtener una ganancia mayor. Pero para que esta sencilla operación tenga buenos resultados, se necesitan una serie de factores y elementos de muy distinta naturaleza.

En este camino hipotético podemos enlistar desde los proveedores y financieros de la maquinaria, los operarios e insumos de la máquina, la adecuación de las condiciones naturales y, por supuesto, el aumento o disminución de los costos de producción. En el caso de la experiencia minera, resulta convincente que los cambios tecnológicos no siempre resolvían los problemas económicos de los empresarios mineros. A lo largo del siglo XIX existieron diversos testimonios de empresarios que intentaron abandonar las viejas técnicas y, en algunos casos, realizaron fuertes inversiones con el fin de mejorar su productividad y ganancias. Sin embargo, los resultados fueron escasos y desalentadores.

Quizá el mejor ejemplo de esto sea el de las máquinas de vapor, utilizadas para desaguar y extraer minerales. La historia de estas máquinas se remonta a las últimas décadas de la época colonial. No obstante, en 1892, casi 100 años después, la inun-

dación en las minas de Pachuca fue atacada o más bien resuelta a través de un socavón, es decir, con una técnica colonial. Con estos datos no queremos decir que a lo largo de cuatro siglos los procesos productivos no sufrieron ningún cambio. Por el contrario, pensamos que sus modificaciones fueron muy lentas, a veces casi imperceptibles, pero a través de ellas se acumuló una gran cantidad de conocimientos que ayudaron a realizar de manera cada vez mejor las distintas y complejas operaciones en la extracción de los metales preciosos.

Por ello, insistimos, este libro puede abrir una nueva polémica en torno a los cambios tecnológicos en la minería, una discusión que rastree los vínculos entre los avances científicos y sus aplicaciones prácticas, los costos-beneficios de los cambios técnicos y la voluntad de los distintos empresarios por conseguir nuevos caminos en las explotaciones mineras.

El segundo apartado, de igual forma, nos invita a otra reflexión que tiene hoy en día un carácter importante. Me refiero en concreto a la formación, consolidación y lucha de las redes de poder. Al abordar esta temática, el libro realiza una de sus mayores aportaciones a la historiografía minera actual. En trabajos anteriores podíamos encontrar descritas las estructuras del poder minero, pero hasta ahora no se había mostrado la dinámica de dichas estructuras. Por esta vía es factible acercarnos a los centros neurálgicos de decisión de la política minera, conocer en detalle las relaciones de lucha y armonía entre las organizaciones e instituciones mineras y el Estado.

En este mismo renglón, será factible dar enfoques social y económico al conjunto de la normatividad minera. Como sugiere la autora, los cacicazgos mineros no distaban mucho de otros que conocemos y padecemos; e incluso los mandos, los espacios de poder y las cuotas de autoridad se encontraban mezclados, y casi siempre estaban en manos de un protagonista o de una familia. Los caciques tuvieron una prolongada vigencia y supieron sobrevivir a pesar de la turbulencia política.

Staples escribió: "Por breves periodos los pequeños mineros lograban dominar las diputaciones pero no tardaban los más poderosos en reaccionar y reclamar lo que creían suyo. En términos generales el Estado siempre apoyaba a los grandes propietarios. Pocas veces se les fueron de las manos unas elecciones locales y que luego influían en la composición de las diputaciones. La red clientelística entre élites locales y estatales garantizaba la preservación de intereses en común y de una legitimidad de clase que

excluía necesariamente la participación de otros grupos, como los pequeños mineros o los operarios”.

La segunda parte del libro está dedicada a la historia de las comunidades mineras de El Oro, Temascaltepec, Sultepec y Zacualpan. Este grupo de historias se encuentra muy fragmentado, tanto por el problema de las fuentes como por la pérdida del rumbo de ciertas pistas. La autora realizó un gran esfuerzo de síntesis para presentarnos los problemas principales de la minería en cada una de estas regiones.

La historia de Zacualpan da inicio como las últimas batallas de la independencia de México; tiene como protagonistas a los realistas y a los rebeldes. Con detalle, se nos informa de los principales empresarios y los mecanismos de financiamiento que estos personajes utilizaron, así como de los contratos de avío y la formación de compañías.

A la mitad del siglo, la información fue más abundante, se conocen con precisión los propietarios de las minas y haciendas de beneficio, como el Alacrán, el Toro, Dios Nos Gué y otras más.

Como en muchos centros mineros, Zacualpan no estuvo ajeno a los grandes litigios de las propiedades mineras. Éste constituye un tema muy socorrido en las fuentes y escasamente atendido en la historiografía minera. El presente libro tiene un gran valor por analizar exhaustivamente los recursos legales y extralegales que los mineros empleaban en los pleitos.

Finalmente, se nos narran con mucha atención los sucesos que se produjeron a partir de la intervención francesa. La manera en que la minería encontró un camino más estable, donde las autoridades tuvieron mayor permanencia, lo que les permitió establecer más orden. Sin embargo, la producción de los metales arrastraba viejos vicios, la falta de insumos, la escasez de créditos, la carencia de mano de obra—principalmente especializada—, la inseguridad de la propiedad minera, los altos gravámenes, los cacizgos políticos y otros más. No obstante, a pesar de todas estas dificultades, la única tabla de salvación fue la inversión extranjera, con la cual se transformó la minería no sólo de Zacualpan sino de una gran cantidad de regiones mineras de todo el país. Pero ésa es otra historia, que quizá la autora nos cuente en su próximo libro.

Eduardo FLORES CLAIR
Instituto Nacional de Antropología e Historia